





PÁGINAS ADENTRO



Juan Jiménez Ardana

PÁGINAS ADENTRO





Primera edición: julio 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Jiménez Ardana

ISBN: 978-84-17961-10-7

ISBN digital: 978-84-17961-11-4

Depósito legal: M-22441-2019

Editorial Adarve


c/ Marcenado 14

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



A Pilar Osona, eternamente



Índice

LA NIÑA Y LAS PALABRAS.....	11
ANDABA UN CABALLERO POR PÁGINAS DESOLADAS	25
RUMOR DE PÁGINAS LEJANAS.....	53
PRISIONERO ENTRE LÍNEAS.....	83
EL TEMBLOR DE LOS DEDOS	95
PALABRAS QUE LLEVA EL AGUA	107
PÁGINA ADENTRO.....	119
EL LIBRO SAGRADO.....	133



LA NIÑA Y LAS PALABRAS



La niña y las palabras

La lluvia, la lluvia en los cristales.

La niña no mira la lluvia. Ahora no mira la lluvia. Sabe que está lloviendo. Oye lejanamente la lluvia golpear en los cristales. Pero no puede mirar ahora. Ahora no. Ya mirará luego, cuando acabe lo que tiene que hacer.

La maestra ha escrito unas palabras en la pizarra. Ha escrito muy despacio unas palabras, para que todos puedan verlas. Y la maestra les ha dicho que ellos tienen que escribir esas mismas palabras en sus cuadernos.

A la niña le resulta difícil escribir esas palabras. Las mira, ahí escritas. No puede dejar de mirarlas. Se acuerda de lo despacio que la mano de la maestra ha dejado escritas las palabras. Quiere recordar cómo ha ido escribiendo las letras de las palabras, para poder ella escribirlas también. Escribirlas de la misma manera que ella las ha escrito, como si tuviera magia en los dedos... Sí, le parece que la maestra ha hecho magia con sus dedos para escribir esas palabras. Y ella quiere hacer aquella magia con su lápiz en el cuaderno.

Ha comenzado a escribir, pero qué difícil. Le cuesta mucho retorcer el camino del lápiz sobre el cuaderno

como ha hecho ella en la pizarra. No, no se retuercen igual que ella lo ha hecho. Cada letra quiere irse hacia un lado, como si se le escaparan del lápiz, como si tuvieran vida propia y no obedecieran a sus dedos, a su lápiz. No quieren obedecerle a ella, y parece que aquella palabra quiere irse de la página. Irse de la página con mucha prisa, corriendo, corriendo.

Los lápices están desparramados sobre la mesa. Ahí se mezclan todos los colores, algunos encima de los otros, como si pelearan entre sí para ocupar el poco sitio en la mesa.

La niña ha levantado el lápiz del papel, pues ya ha acabado de escribir la primera palabra que la maestra había dejado escrita en la pizarra. La niña mira con mirada intensa lo que ha escrito. Es verdad que la palabra escrita que ven sus ojos en el blanco cuaderno no tiene la misma magia que la palabra que la maestra ha escrito en la pizarra. Pero es una palabra suya, la ha escrito ella. La ha escrito su mano, en su cuaderno, con la página tan blanca. Es suya. La niña murmura la palabra escrita con la ternura de sus labios:

Soldado.

Qué frío. Qué frío hacía.

Se abrieron sus ojos. Una intensa luz blanca los invadió. Tuvo que parpadear, que sus ojos se acostumbraran a aquella deslumbrante luz blanca. Estaba tumbado en el suelo, un suelo de una intensa blancura, la blancura que

alimentaba aquella luz violenta que llegaba hasta sus ojos heridos, heridos por ella.

Con gran esfuerzo, se fue poniendo en pie. Contempló de arriba abajo su figura. Pesadas ropas de abrigo le cubrían. Y, a pesar de ello, un frío intenso, cruel, le llegaba a su cuerpo, hasta los huesos. Su mirada fue recorriendo su cuerpo, hasta llegar al suelo. Y allí, unas pesadas botas de soldado. Unas pesadas botas de soldado que cubrían sus pies. A pesar de aquellas botas el duro frío llegaba hasta sus pies.

Estaba aturdido. Solo podía sentir aquel intenso frío y la blancura inmensa que le rodeaba y que quería cegar sus ojos. No sabía quién era. Un soldado, sí, un soldado era, se decía. Pero no sabía dónde se hallaba. No sabía por qué estaba allí. Miró a su alrededor. Tan solo aquella desesperante blancura sin fin.

Echó a andar. Con pasos lentos, pesados, echó a andar. No sabía hacia dónde iba. No sabía adónde podrían llevarle aquellos pasos difíciles. Algo le empujaba, sin embargo. Sabía, que algo había de buscar.

La niña se miraba la mano, la mano con la que había escrito. Al fin, también de aquella mano había salido la magia de la palabra. No sentía que había escrito una palabra en la blancura de papel. Sentía que había creado una palabra. Una palabra había salido de sus manos. Antes solo había allí un lugar en blanco. Ahora el lugar lo ocupaba su palabra. Una palabra escrita con dificultad, con esfuerzo.



Una palabra escrita con magia. Ahora ella también era una maga de las palabras.

Se quedó mirando la palabra. Y se dio cuenta de una cosa. Que la palabra estaba solitaria allí, en medio de la blancura del cuaderno. Y no quería que su palabra se quedara por allí tan sola. Tan triste.

Levantó la vista hacia la pizarra. Había junto a la primera palabra otra palabra que tenían que escribir. Con la ilusión de no dejar sola su palabra en la blancura del cuaderno, con las ganas de darle un poco de alegría a su tristeza, se puso a escribir otra palabra, que comenzó a nacer al lado de la palabra que ya había escrito.

Nieve.



Qué frío hacía en aquella blancura inacabable. De pronto, algo sintió en el rostro... Algo frío, blanco también, como no podía ser de otra manera. Un copo de nieve había ido a parar a su rostro, y su piel sentía su frialdad. Había comenzado a nevar. La nieve comenzó a caer con más fuerza. Una intensa nevada que se añadía a aquella locura de blancura.

Al poco tiempo, aquella nieve ya se espesaba sobre el suelo. Costaba trabajo andar. Andar hacia un lugar que no sabía. Andar para adentrarse en la infinita blancura. En su desvarío, llegó a pesar que acaso alguien no quisiera que llegara adonde había de llegar. Que alguien hacía caer aquella gran nevada para que sus botas no pudieran abrirse camino. Alzó la mirada, con desesperación. Nada se veía. Aquella blancura que lo abarcaba todo.



Siguió penosamente su camino.


Ya estaba escrita la palabra. Ya no estaba tan sola la primera. La magia de sus dedos había escrito otra de las palabras que tenía que escribir.

Le habían salido muy juntas. Para que se dieran calor una a otra, se le ocurrió pensar. Para que se dieran casi la mano en la blancura del cuaderno. Por un momento, se quedó quieta, mirando las palabras, para luego hacerles como cosquillas con la punta fina del lápiz. A las palabras escritas parecían crecerle sombras. Sombras que salían de las letras. Pequeños rabillos que salían de las que tenían puntos, rabillos y sombras de las más redondas.

Se quedó quieta. No podía seguir jugando. No podía seguir jugando, aunque esas fueran sus palabras, las palabras que habían salido de la magia de su mano. Tenía que escribir otras palabras. Y se daba cuenta de que el tiempo pasaba. No, el tiempo corría. El tiempo volaba como un pajarillo. Tenía que escribir otra palabra. Y con aquella punta del lápiz que ahora no jugaba, la fue escribiendo.

Casa.

No sentía ya los pies. Ni siquiera sabía si sus pies estaban allá adentro, o solo eran sus botas las que daban los difíciles pasos. En la nieve, cada vez más espesa. Miraba hacia atrás y veía el rastro de sus botas en la nieve. Y pronto aquel rastro desaparecía, engullido por la blancura que todo lo borraba. Tal vez también pronto borrará



todo rastro de su memoria. Ni siquiera levantaba ya la mirada. Para qué, se preguntaba. Para qué. Sin embargo, también daba igual alzar la mirada. Y miró hacia la lejanía.

Algo creía haber visto. Se frotó los ojos, para aclararlos de aquella maldita blancura. Sí, algo había. Allá, a lo lejos. Un pequeño punto oscuro en la inabarcable blancura. Un pequeño punto oscuro que se salvaba de la vorágine blanca.

Apresuró el paso. Eso creía. Sin embargo, sus botas llevaban el mismo paso, pero más ganas.

El punto oscuro iba creciendo, despacio. Iba haciéndose cada vez más cierto, pero apenas más cercano. No podría decir qué era. Por ello apresuraba el paso con un esfuerzo ímprobo. Para poder decir qué era aquella singularidad oscura en la inmensidad de la blancura.

De pronto, se quedó quieto. Ahora veía al fin qué era. Podía darle nombre.

Era una casa. No una casa, apenas una cabaña. Una cabaña de montaña. Un refugio. Se le alegró el alma, viéndola allí, aún lejana, pero tan cierta. Ahora sí que apresuró el paso. Quería llegar. Qué frío hacía en aquella blancura.

La niña se queda mirando las palabras que ha dejado escritas en la blanca página del cuaderno. Está contenta. Mira la punta del lápiz. Es una punta de lápiz mágica. De allí salen las palabras cuando ella lo quiere. Esta magia no es fácil. Cuesta trabajo escribir las palabras. No salen solas. Salen cuando sus manos, y sus dedos, y la punta del lápiz lo quieren.

Bien, muy bien. Ahora quiere escribir otra de las palabras, porque sabe que el tiempo pasa, como un viento por encima de su cuaderno blanco. Un viento que pudiera borrarle sus palabras, que tanto le ha costado escribir. La magia comienza a salir de sus dedos, y pasa a la punta del lápiz, y de ella a la blancura del cuaderno.

Amigo.

Ya llegaba a aquella cabaña, sola en la inmensidad de la nevada. Alcanzaba a ver cómo la nieve la iba cubriendo. También a él le cubría ya la nieve. Apenas se veían sus botas, cada paso esforzándose por salir de la nieve, para luego volver a hundirse en ella. Ya llegaba, ya llegaba.

Llegó al fin. Se agarró a la pared, como un naufrago que halla un asidero. Se echó en ella, se dejó caer contra su piedra desnuda y oscura. Lo único oscuro que quedaba ya en aquel mundo de blancura.

Estaba allí a refugio del viento helador, del ventisquero que se formaba al otro lado de la cabaña. Se esforzó en respirar, en recuperar el resuello. Pero no podía descansar. Aún no.

Se obligó a incorporarse. Su cuerpo no quería. La puerta de la cabaña estaba al otro lado, la había visto antes de llegar. Entrar en la cabaña. Era cuanto quería. Era lo único que movía sus botas. Se apoyaba en la pared para dar los esforzados pasos. Necesitaba desesperadamente aquella ayuda de la pared.

La puerta estaba cerrada. Apenas unos pasos para llegar a ella. Su mano se dejó caer sobre el picaporte de la

puerta, esperando que se abriera. Con un chirrido de los goznes y un quejido de las maderas, se abrió.

En un primer momento nada veían sus ojos que venían de aquella luz inmisericorde.

Luego, poco a poco, lo vio.

El doloroso recuerdo volvió de pronto. Estaba tendido en el suelo. No se movía. Veía sus botas, veía su uniforme de soldado, como el suyo.

Era su *amigo*.

Se preguntaba con desesperación cómo había podido olvidar que le buscaba, que iba tras sus pasos, que era lo único que le había mantenido en pie. Maldijo aquel mundo de infinita blancura. Maldijo aquella guerra blanca, y todas sus miserias y crueldades.

Sus pasos se precipitaron hacia él, hacia el cuerpo tendido de su amigo. Quería saber si aún estaba vivo, si a su corazón aún le quedaba algún latido. Cayó a su lado. Tenía los ojos cerrados. No se movía. Trató de hallarle el pulso. Un leve, un miserable latido. O acaso se engañaba.

Las botas de su amigo se movieron levemente. Sus ojos se abrieron. Una mirada vacía.

Una mirada muerta.

Aquella mirada no le reconocía. Aquella mirada no conocía ya nada. Le tomó la cabeza y levantó su cuerpo. Lo acunó en sus brazos. Vio cómo sus labios comenzaban a moverse, pero no decían nada. Quiso oír sus palabras, pero no decían nada. Un sonido gutural, ininteligible, salía de sus labios. Un sonido de palabras muertas.

Le susurró que no le entendía, que no sabía qué quería decirle. La boca dejó de moverse, despacio. No había podido entender lo que su amigo decía. Sin embargo, sus ojos, sus ojos de mirada muerta, aún estaban abiertos.

Sintió cómo su amigo quería aferrarle la mano. Pero sus dedos sin fuerza apenas se la apretaban.

Y entonces su boca volvió a abrirse, sus labios a moverse para decir unas confusas palabras, que apenas podía entender.

...Oscuridad, oscuridad... Llévame a la oscuridad.

Y su mano se levantaba, y señalaba hacia la puerta. Hacia la puerta, una y otra vez.

La niña se ha quedado mirando las palabras escritas. No está contenta. No es feliz con aquella página tan blanca. No sabe por qué no está contenta. Mira las pocas palabras que ha escrito.

Son pocas y le ha costado mucho trabajo, a pesar de la magia. Con desilusión, comienza a darse cuenta de que la magia no es suficiente. Mira los lápices, ahí a su lado. Aún parece que se peleaban entre ellos por ocupar un lugar. Mira aquel lápiz que está encima de todos, como un rey. Suelta el lápiz con el que ha escrito aquellas palabras mágicas y comienza a jugar con el lápiz rojo mientras piensa lo que quiere hacer con él.

El lápiz rojo cae de donde estaba, de su lugar arriba de todo. Ya no parece ser el rey de todos los lápices, de todas

las cosas sobre la mesa. Su dedo lo ha quitado de su sitio, en un abrir y cerrar de ojos.

Sigue la niña jugando con la idea de lo que va a hacer con él. Le gusta pensar que la maestra nada ha dicho de cómo podían quedar aquellas palabras, lo que puede hacerse con ellas.

Y la niña deja de jugar con la idea, para hacerla pronto.

Coge el lápiz que ha dejado de reinar sobre la mesa y comienza a pintar de rojo la página tan blanca hasta ese momento. El lápiz es rojo de verdad, muy rojo. Las palabras comienzan a teñirse de aquel color tan vivo. La niña no deja de emborronar de rojo el cuaderno, con fuerza, con la fuerza que sus dedos pequeños podían darle al lápiz rojo. La niña comienza a pensarlo. Esto parece, esto parece...

El soldado al fin entendió lo que su amigo moribundo le pedía. Quería salir. No quería morir allí.

Se sintió desfallecer. No creía tener fuerzas para cargar con él y sacarlo de allí, como quería. Sin embargo, era su última voluntad. Debía hacerlo. Debía hacerlo costara lo que costase.

Hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban. Comenzó a mover su cuerpo. Algunos quejidos comenzaron a salir de la boca de su amigo. Apenas lo había movido. Tiró de él poniendo las manos en su pecho, bajo sus brazos. Los quejidos, los quejidos sin apenas fuerza. Debía hacerlo. Siguió tirando, sacando fuerzas de no sabía dónde. De la rabia por aquella blancura inacabable, tal vez.

Con él a rastras, ya cruzaba la puerta, qué despacio. Un poco más. La blancura ya estaba cerca. Aquella violenta blancura invadió la mirada de sus ojos.

Ya estaban fuera. Había llegado. Por un momento, soltó a su amigo, su cabeza sobre la fría nieve.

Se miró las manos. Estaban ensangrentadas. La herida se había abierto. La sangre de la herida de su amigo había comenzado a salir a borbotones de su costado.

La sangre comenzó a teñir de rojo la blanca nieve a su alrededor. Apenas podía ver en aquella hiriente blancura.

La niña dejó de emborronar de rojo su cuaderno. Le dolían los dedos. Había apretado con fuerza. Ahora que estaba hecho, no le gustaba cómo había quedado el cuaderno. Pensaba que a la maestra no le gustaría aquella página tan roja cuando la viera. Y quedaba todavía una palabra por escribir. Pero al mirar el cuaderno, vio que no quedaba ni un lugar en el que no hubieran llegado las gruesas líneas rojas.

Buscó un hueco, un lugar en blanco entre las líneas rojas que lo enredaban todo, como si una planta muy rara hubiera crecido en el cuaderno.

Encontró un hueco, un pequeño hueco blanco al que no habían llegado las líneas rojas que se comían el cuaderno.

Cogió el lápiz de escribir palabras. Despacio, muy despacio, comenzó a crear con su magia en aquel hueco blanco la palabra que le quedaba por escribir.

Fin.